

CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES 26 DE ENERO DE 1905

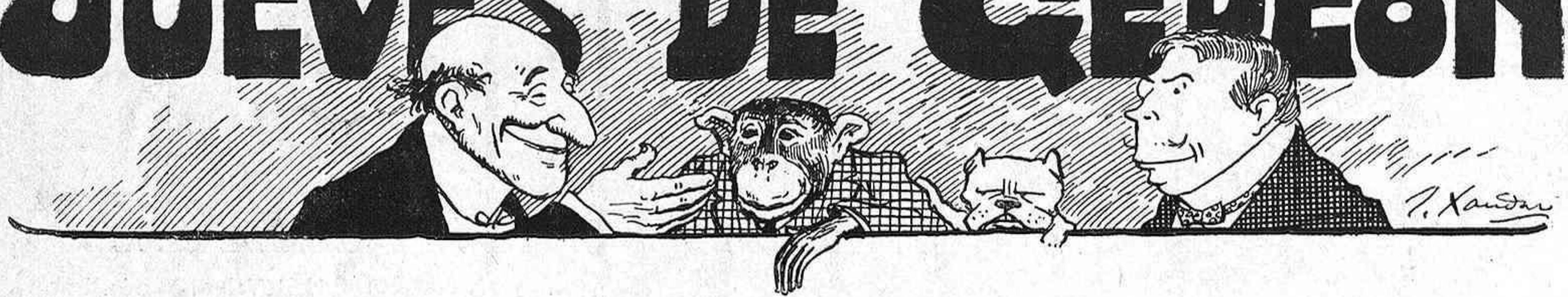
NUM. 479



LA HORA MUY VERDE DE LOS LIBERALES

D. EUGENIO.—YA NOS HEMOS TOMADO VEINTISIETE VERMOUTHS... Y AÚN NO VIENE LA COMIDA.
CANALEJAS.—POR MÍ, NO TENGA USTED CUIDADO, QUE NO SE ME PASA EL APETITO.

JUEVES DE GEDEÓN



Chucho, chucho! ¿Dónde se habrá metido?

—¿A quién llamas, Gedeón, y a quién buscas con tanta impaciencia?

—Llamo y busco a mi perro, Calínez. Sabe Dios por dónde andará; me temo una desgracia.

—¿Una desgracia?

—Lo que oyes. Hace ya varios días que mi perro no es el perro de antes, alegre, juguetón, saltarín. Capaz de soltarle un chiste al propio marqués del Vellido, el hombre joco-fúnebre del gabinete. Sus orejas estaban gachas, su cola caída—hablo del perro, no del marqués, —y a sus expresivos ojos asomaba una mirada melancólica. La mayor parte del día se la llevaba tumbado en el suelo y en actitud de honda meditación; pero también algunas veces alzaba la cabeza y la movía a un lado y a otro lado, como interrogando desesperadamente al espacio.

—¡Pobre can! ¿Cuáles serían sus penas?

—Este perro, pensé yo, Calínez, ó concluye por consultar las opiniones de diversos hombres políticos lo mismo que Azcárraga, ó va a tener el muermo. Entre que padezca esta enfermedad ó la de D. Marcelo, prefiero mil veces el muermo. Y ya me disponía a avisar al veterinario cuando viniste tú, que casi es lo mismo. Llamaba a mi perro para que lo vieses y me aconsejaras respecto a su mal, y veo con honda preocupación que ha desaparecido. ¿Dónde estará el desdichado?

—¡Quién sabe! Hace una tarde perra. Es muy posible que lo que tú temes enfermedad sea amor, ese blando y misterioso influjo que lo mismo se impone a la cierva que al ministro de Instrucción pública. No te desesperes, por lo tanto, y reflexiona que también los animales tienen su corazoncito.

—No, Calínez, amor no es. Un perro tan serio como el mío no se enamora sin contárselo al amo. ¿Comprendes tú a Aguilar de Campoo víctima de esa pasión insana sin que lo sepan su bisoñé y el portero mayor del Ministerio? Aparte de eso, si mi can se hubiera enamorado gozaría sueños dichosos, y le sucede todo lo contrario. Yo le he oído soñar alto muchas noches, y sus furiosos gruñidos acusaban terribles pesadillas. Anoche, sin ir más lejos, creí que se despertaría hidrófobo: tales voces daba y tan violentas eran las contracciones de sus miembros.

—¿Y no pudiste adivinar el motivo de su pesadilla?

—Sí, le ví exclamar entre furiosos gruñidos: ¡a las Cortes! ¡a las Cortes!

—No digas más; ya sé quien es el causante de su cólera. ¡No es una perra, es D. Marcelo!

—¿Cómo, tú supones, Calínez, que mi can se halla enamorado...?

—No, Gedeón, desecho por completo la idea del amor. Tu perro no padece ese dulce mal, que lo mismo aqueja a los Consejeros de la Corona que a las Ciervas sencillas. Tu perro está indignado, terriblemente indignado contra Azcárraga, y eso es todo.

—¿Pero por qué se había de indignar tan violentamente contra un señor tan bueno, y el cual en su vida ha roto un plato, porque todos los que se le han caído se quedaron detenidos en la prominencia de su vientre?

—Ríete tú de las bondades abdominales. Cuando menos se piensa, dentro de un beatífico y respetable burgués de éstos hay un monstruo.

—¿Un monstruo dentro? ¿Acaso Don Marcelo padece la ténia? ¡Cielos! sería el cable mayor del mundo ó la fantástica serpiente marina, que de cabeza a cola es mucho más larga que Romero Robledo.

—Escucha, Gedeón, y juzga si tu perro no tenía hartos motivos para indignarse y morder si es preciso. Ardía la guerra de Cuba, D. Marcelo ocupaba todo el palacio de Buenavista, y en sucesivas expediciones fué mandando doscientos mil infelices ciudadanos en la flor de su juventud, a que el vómito, la anemia y el desbarajuste administrativo ó burocrático, como dicen en Rusia, acabara lenta y seguramente con ellos. ¿Es eso verdad, ó no lo es?

—Terrible verdad es.

—Pues bien, ahora él imagina levísimos riesgos para su persona y la de ocho colegas en ir, no a Cuba, sino a las Cortes; no enviados a la fuerza, sino en cumplimiento de voluntaria palabra; no en la sentina de un vapor, sino en los cómodos carruajes oficiales; no a perder la vida, sino a dejar la nómina en todo caso, ¡y no vá! Quien con tanta frescura mandaba miles de prójimos a la muerte teme que en el Congreso le zarandeen un poco, y se queda en casa chupando. ¡Admirable y heroica decisión de un hombre respetabilísimo, caritativo, altruista, y que se sacrifica, según dice, por la patria. ¡No señor, los que se sacrificaron fueron los otros! Y lo que hace, es quedarse en la poltrona y dar gusto al vientre.

—Mira, Calínez, comprendo que mi perro se indignase. Casi soy yo mi perro en estos momentos. Tienes razón, dentro de D. Marcelo hay algo monstruoso... y fuera también. De modo que todas aquellas promesas, todas aquellas alharacas a raíz de pescar el Poder, todos aquellos pujos de parlamentarismo inmediato y ferviente, ¿fueron fuegos de virutas ó espuma de cerveza a lo Maura? Pues buena se le ha puesto la respetabilidad al caballero del toisón. Y si a D. Marcelo le

abandona la respetabilidad, ¿qué le queda?

—Ugarte.

—Pues eso digo, nada. Voy a abrir el balcón para respirar un poco, porque la cólera me ahoga. ¡Cielos! ¿qué es lo que veo allí?

—¿Qué ves? ¿la regeneración?

—No, Calínez, veo a mi perro.

—¿A tu perro? ¡Toma, es verdad! y con un caballerete de macferland y gorra inglesa. ¿No es Castellano?

—Creo que no; me parece bastante más alto que el ministro de Hacienda. Se da un aire a Weyler; pero tampoco, lleva mucho mejor ropa.

—¿Quién será? Vienen hacia aquí; pronto lo sabremos.

—Ya entran en casa. Aquí están.

—¡Guau! ¡guau! Tengo el gusto de presentar a ustedes al célebre *Cónsul*, artista contratado en la Zarzuela y futuro miembro del Gabinete Azcárraga. ¡Es muy parlamentario!

—¡Caramba, *Cónsul*, qué alegría! Gracias a Dios que hemos visto un hombre. Siéntese usted, señor de *Cónsul*. ¡Cuánto bueno por esta casa! Rásquese usted las posaderas con absoluta libertad.

—No, señor; yo soy un mono que no me rasco. Recibí una educación tan buena casi como la que dan en Chamartín. Mis posaderas están intactas.

—¡No podrían muchos bimanos decir lo mismo! ¿Y cuáles son las habilidades de usted?

—Yo me visto solo, como lo mismo que los hombres y con idéntico apetito, fumo habanos, monto en bicicleta, hago como que escribo en máquina, me desnudo, me acuesto y ronco igual que Allendesalazar. En vista de todo eso y sintiéndome muy parlamentario, he decidido ser ministro español.

—¡Sublime! Reune usted todas las condiciones necesarias y aun algunas de adorno, como la de escribir en máquina. Usted tendrá la cartera.

—¿Qué cartera, Gedeón? La Presidencia del Consejo de Ministros; para lo que ha de hacer Azcárraga, lo mismo da que nos gobierne *Cónsul*.

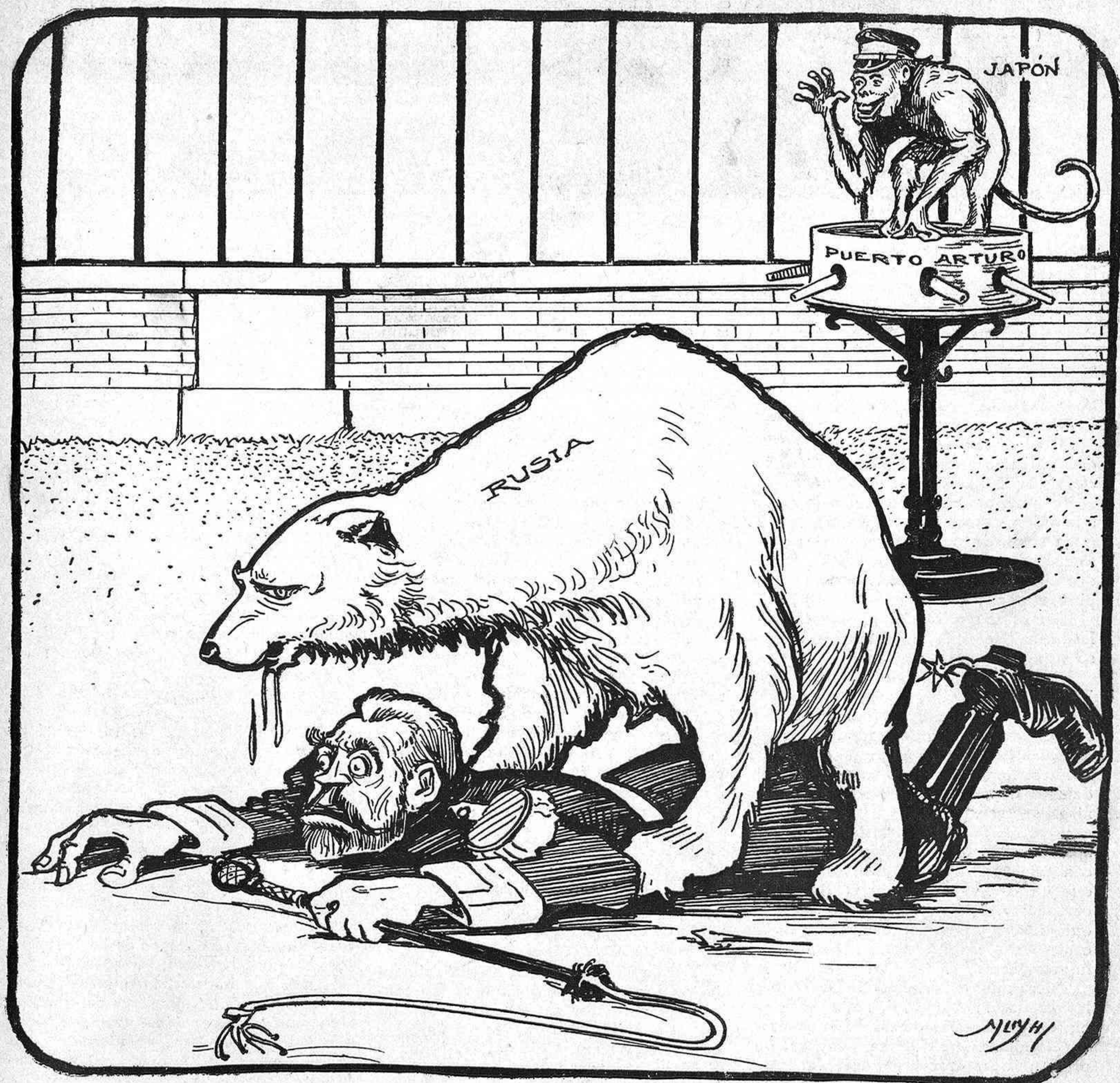
—¡Guau! ¡guau! ¡guau!

—Hasta tu perro aprueba mis palabras.

—¿Mi perro? ¡Si está radiante de júbilo! Su indignación contra el obeso don Marcelo se ha trocado en afecto hacia *Cónsul*. El chimpancé ha vencido al hombre público. ¡Ya era hora! Y que *Cónsul* irá a las Cortes, ¿no es verdad?

—Sí, señor, en cuanto ustedes quieran; no es la primera vez que he entrado en una jaula de cuadrumanos.

—¡Oh ventura! ya tenemos el gobernante que esperábamos. *Cónsul* nos llevará a la regeneración.—¡Apártese, don Marcelo, que ha llegado un hombre!



EL OSO ENFURECIDO

(LA REVOLUCIÓN EN RUSIA)

EN VISTA DE QUE NO PUEDE CON EL MONO, VA Á VER SI REVIENTA AL DOMADOR

CONSUL

Cónsul es un chimpancé que en la Zarzuela trabaja, y que á muchos aventaja cómicos que yo me sé.

Descendiente en línea recta del que hizo en París furor, que era un mono superior y de una hombría perfecta,

viene á ganarse el dinero con el trabajo fecundo... ¡Respeto á *Cónsul segundo* como respeté al primero!

De aquél, viendo el humanismo canté la gloria creciente; de su agradable pariente tengo que decir lo mismo.

Trabajando en libertad con instinto soberano, muestra con el ser humano lá más perfecta igualdad.

Y su presencia emociona, pues gasta frac y chistera y almidonada pechera lo mismo que una persona.

Come á la mesa en un plato, bebe en su copa, se *ajuma*,

saca un puro y se lo fuma... ¡en fin, es nuestro retrato!

Y para hacer más completa su personal semejanza, *Cónsul* al *sport* se lanza montado en su bicicleta...

Su triunfo es indiscutible, pues sabe guardar su puesto, y es divertido y modesto y agradable y apacible...

Por eso al darle la mano las señoras del abono, le dicen: «¡Pero qué mono!...» ¡Lo mismo que á Castellano!

Nuy H.

¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

No conocen ustedes el *Interior* de don Nilo Fabra?

Varios amigos del propio D. Nilo dicen que es cosa rica. Nosotros no nos atrevemos á asegurar tanto, y si solamente á decir que esos amigos deben de ser unos guasones de marca mayor, que han logrado engatusar á D. Nilo é inducirle á la publicación de unas cosas así como versos, pero que no son versos en realidad.

No hay tales carneros, digo, no hay tales versos. Y si esos amigos insisten, no les crea, D. Nilo.

Por supuesto, que D. Nilo, aunque por su nombre fluvial y egipcio parece que debiera ser un sujeto grave y canoso, es, según nos dicen, un jovencito, casi un adolescente... y ya se queja de la muerte de sus ilusiones, como si estuviera al cabo de la calle.

¡También es desdicha, haber dejado que se le muriesen todas las ilusiones y conservar la ilusión más tonta de todas, la de que era necesaria á la humanidad y á la ordenada marcha de las naciones la publicación de unos cuantos versículos, ó lo que sean, protegidos por más guardas que el monte del Pardo... y pedir tres pesetas por la gracia!

Bien se ve que D. Nilo, queriéndose las hechar de pillín, es un señor candoroso y angelical.

El tomo de D. Nilo, *Interior*, ó el tomo *Interior*, de D. Nilo, se compone de 152 páginas, de las cuales 89 (no todo ha de ser censuras) nos parecen admirables.

¿Cuántos autores podrán decir que nosotros hemos elogiado parte tan considerable de sus libros? Pocos, ó quizás ninguno, ¿verdad?

¡Qué suerte la de D. Nilo! Gedeón le aplaude, Gedeón le bombea y no tiene inconveniente en manifestar á sus lectores que en ese volumen, por el Sr. Fabra compuesto, hay ochenta y nueve páginas que le han gustado sobremanera y en las cuales debe inspirarse para escribir sus futuras obras.

Fíjese muy especialmente D. Nilo en las páginas 1, 2, 4, 6, 8, 10, 12, 16, 18, 24, 26 y todas las demás hasta completar el número de ochenta y nueve, que ofrecen el singular y exquisito atractivo de estar en blanco, gracias á la circunstancia de ser el autor, según nos han dicho, hombre pudiente y adinerado para costearse el lujo de imprimir el menor número de páginas posible en cada volumen, lo cual acredita su buen gusto.

Tanto que, para cuando imprima otro tomito, si le quedan ganas de ello, le aconsejamos que aumente el número de las páginas niveas ó nítidas, y entonces sí que le aplaudiremos sin reservas. Y, prosiguiendo por ese camino, podrá llegar al ideal en materia de poesía decadente, que es publicar libros con un título sugestivo y con el interior completamente en blanco, progreso que, además de valer una gran reputación á quien se atreva á introducirle ó á que se lo introduzcan en la imprenta, nos valdrá á los gacetilleros de *¡el papel vale más!* la comodidad de poseer un libro de memorias ó agenda de bufete y cuaderno de apuntaciones útiles *gratis et amore*. Nosotros, perdó-

nenos D. Nilo, pero como en nuestra calidad de hombres prosaicos y nada deliciales que no lloran sus ilusiones muertas no disponemos de excesivo numerario, ya hemos comenzado á utilizar las muchísimas hojas blancas de su *Interior* (¡qué ocurrencia, titular á un libro de versos como á una camiseta ó elástica!) para apuntar en ellas las gansadas jurídicas del sagaz Ugarte y los chistecitos fúnebres del marqués de Vadillo. De esta manera mezclamos lo útil con lo desagradable, como aconsejaba quien todos sabemos, y el libro queda hecho una preciosidad que no hay por donde cogerle.

Para que ustedes juzguen, copiaremos aquí algo de él, porque los chistes de Vadillo y las sagacidades de Ugarte ya son cosa conocida, y así ustedes podrán comparar.

Pasen, señores, al *Interior* de D. Nilo Fabra, y lean lo que sigue:

HOJA QUE EL VIENTO LLEVA...

La niña bonita,
una flor que *explende*
temprana belleza...
mi alma la pierde...

Bien, pero ¿qué es lo que pierde su alma de usted? ¿Pierde la belleza, pierde la flor, ó pierde la niña, ó pierde color y encarnado gana?

Y luego, ¿qué es eso de *explender*? ¡Jexús, qué *fixnos somox!* ¿O es una errata, y debía de decir *expende*?

Una flor que *expende*
temprana belleza...

Así, ya comprendemos que D. Nilo se refiere á la *pequeña* que hay en algunos establecimientos. Pero dejemos este asunto, que nos llevaría muy lejos.

Copiemos este *juguete*, que cualquiera creería escrito en camelancia-intrinutria de las de Melitón:

El amor á lo imprevisto,
alcanzar lo que no he visto,
ni he soñado ni he querido,
es el tesoro escondido
que da á mi alma un dulzor.
Es la fuerza irresistible
de conseguir lo imposible,
lo que el corazón presiente
cuando se van de repente
las delicias del amor.

Y nada más. De este logogrifo, sin solución á la vuelta, lo único que se deduce es que al autor se le van las delicias esas sin sentir, vamos, de repente, lo cual es muy malo. Cuidese, D. Nilo.

Mire, nosotros conocemos unas cápsulas de bromuro de alcanfor que, según dicen, son muy buenas para eso.

Transmitamos, por último, este sugestivo

MONÓLOGO

¿El vivir?
Todo es uniforme, igual,
lo mismo es el bien que el mal,
llorar es como reír.

¿El morir?
Un enigma indescifrable
que da un miedo insuperable.

(*Miedo insuperable*. Véase el artículo tantos del Código penal que lo define muy claro.)

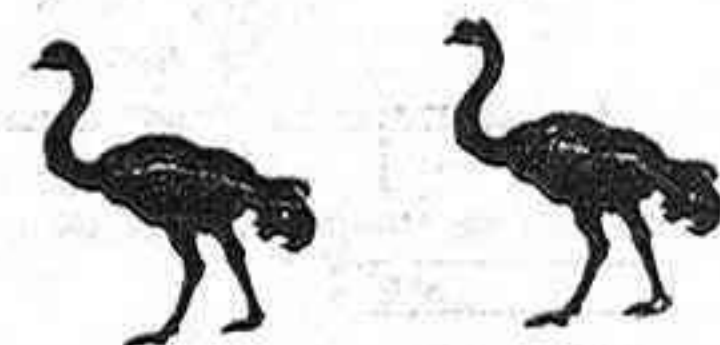
¿Mas qué hacer?
¡Si no me alegra el vivir
y me horroriza el tener
que morir!

Esto nos recuerda, sin saber por qué, á nuestros clásicos Liern y Arderius.

¡El ser civil
es un placer
como en la noche
de San Daniell!

Es curioso el estado de alma de don Nilo Fabra. El ha perdido las ilusiones, y lo mismo le da todo, pero por si acaso hay algo que ver aún, tiene un miedo atroz de morirse... y por si acaso se muere, ya nos deja ahí un tomito para la posteridad.

Ella le juzgará. Nosotros ya hemos dicho lo que pensamos de *Interior*. La parte francamente blanca nos enamora. Lo negro nos estorba un poco, pero todo es cuestión de tacharlo ó borrarlo, y ¡vaya un librito cuco!



NOSOTROS, ¿NOS MORIMOS Ó QUÉ HACEMOS?

Esta bonita y conocida frase del *Manolo* resume con bastante exactitud la situación de la tragedia para reír ó sainete para llorar que nos gobierna, y que lo mismo pudiera titularse *El Marcelo*, que *El muñuelo*, que cualquier otro título propio de D. Ramón de la Cruz.

Nosotros, ¿nos morimos, ó qué hacemos? y *¡Ya te contentarás con dos pesetas!* son dos frasecitas que corresponden á la literatura propia de éste, que ya nos arrepentimos de haber llamado sainete, por que más bien es un pasillo, un disparate cómico-lírico, ó un *lever de rideau*.

Tras este *levantar de cortina* vendrán los liberales, y eso sí que va á ser *La cortina corrida*.

Pero no adelantemos los acontecimientos. Eso quisiera Romanones.

D. Marcelo está ya con el vientre en un hilo.

No hay ni que decir, por consiguiente, que esto no puede durar mucho.

Como el respetable y barrigudo general no ha de hacer nunca otro papel que el de apéndice ó epílogo de todas las situaciones conservadoras, dados estos antecedentes y su única cualidad gubernamental, que es el volumen de su ventrículo, como decía el otro, ya se sabe de qué mal morirá, ministerialmente hablando.

De apendicitis, que es la enfermedad de moda, como decían la otra noche unos vizcondes y unos marquesitos de sexo luises, en casa de la marquesa de Casa-Viúdez.

—La apendicitis—afirmaba uno de ellos que tiene fama de muy ocurrente—es como el *Quijote*. Ahora lo están poniendo de moda... y no hay más *gemedio* que *aguantaglo*.

Y varios generales de los que juegan al tresillo á duro el tanto desde que se perdieron las colonias, se rieron mucho de la ocurrencia.

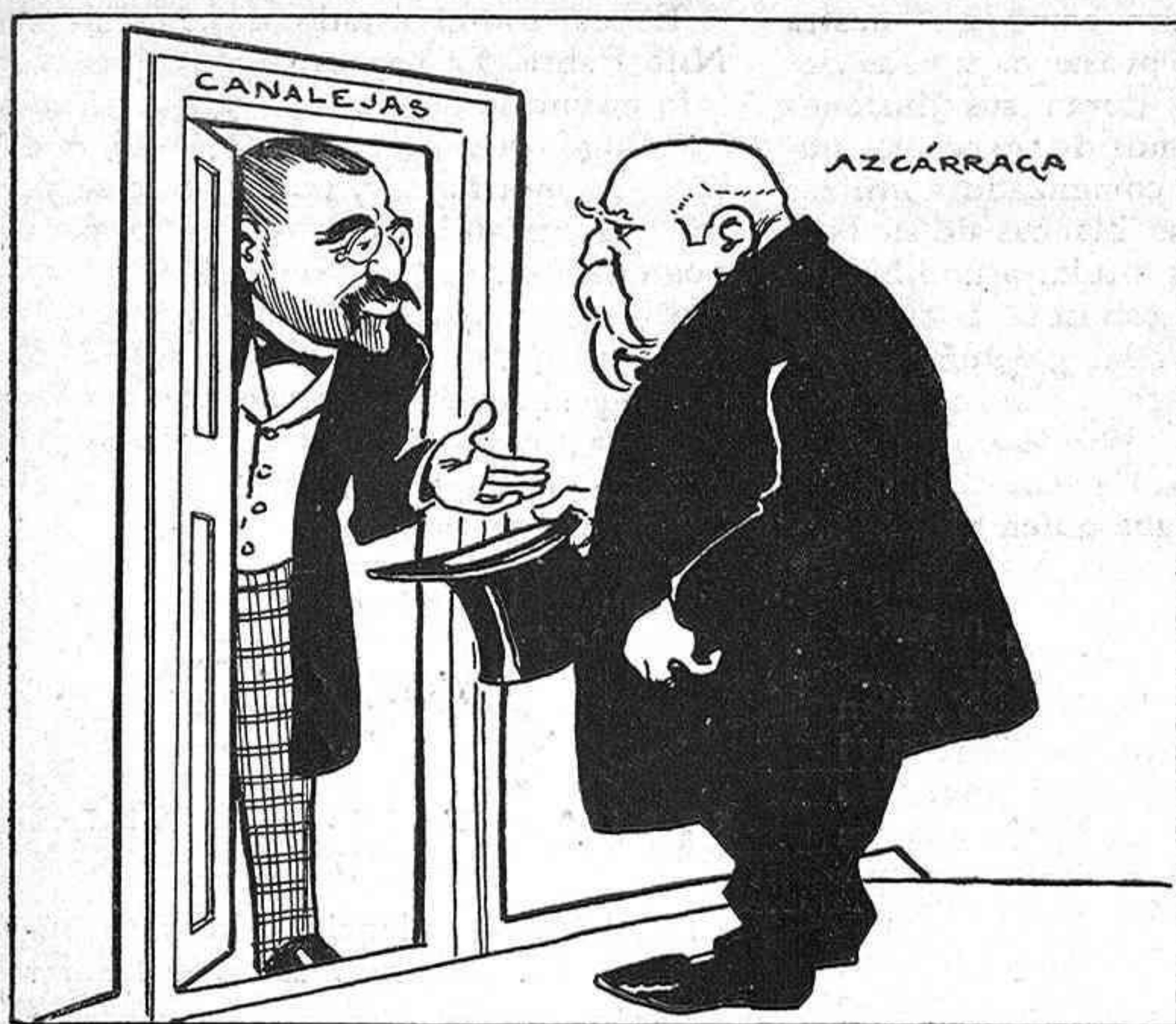
A quien más molesta la ya casi segura apendicitis del Gobierno es al ameno y agraciado ministro de Agricultura.

—¡Dios mío, morir tan joven!...—canturrea mirándose al espejo.

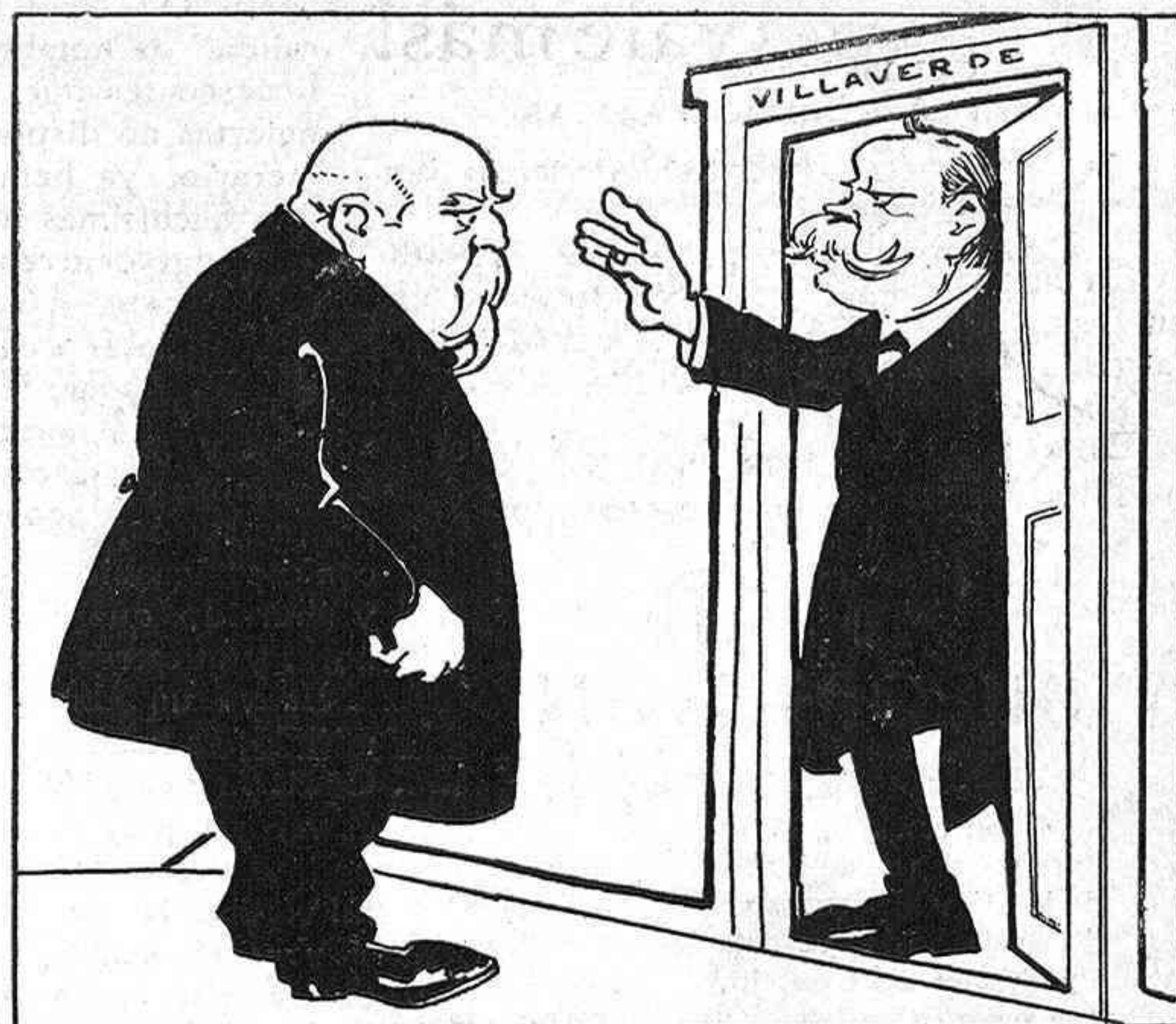
—¡Caramba, Pepito—le dice su coetáneo el señor conde de Cheste,—si usted es tan joven como yo, poco más ó menos! ¿A que se acuerda usted del *Chiclanero*?

—Yo hablo desde el punto de vista ministerial—afirma convencido el Adonis de la situación—y hago cuenta de que no

LOS DOS POBRECITOS



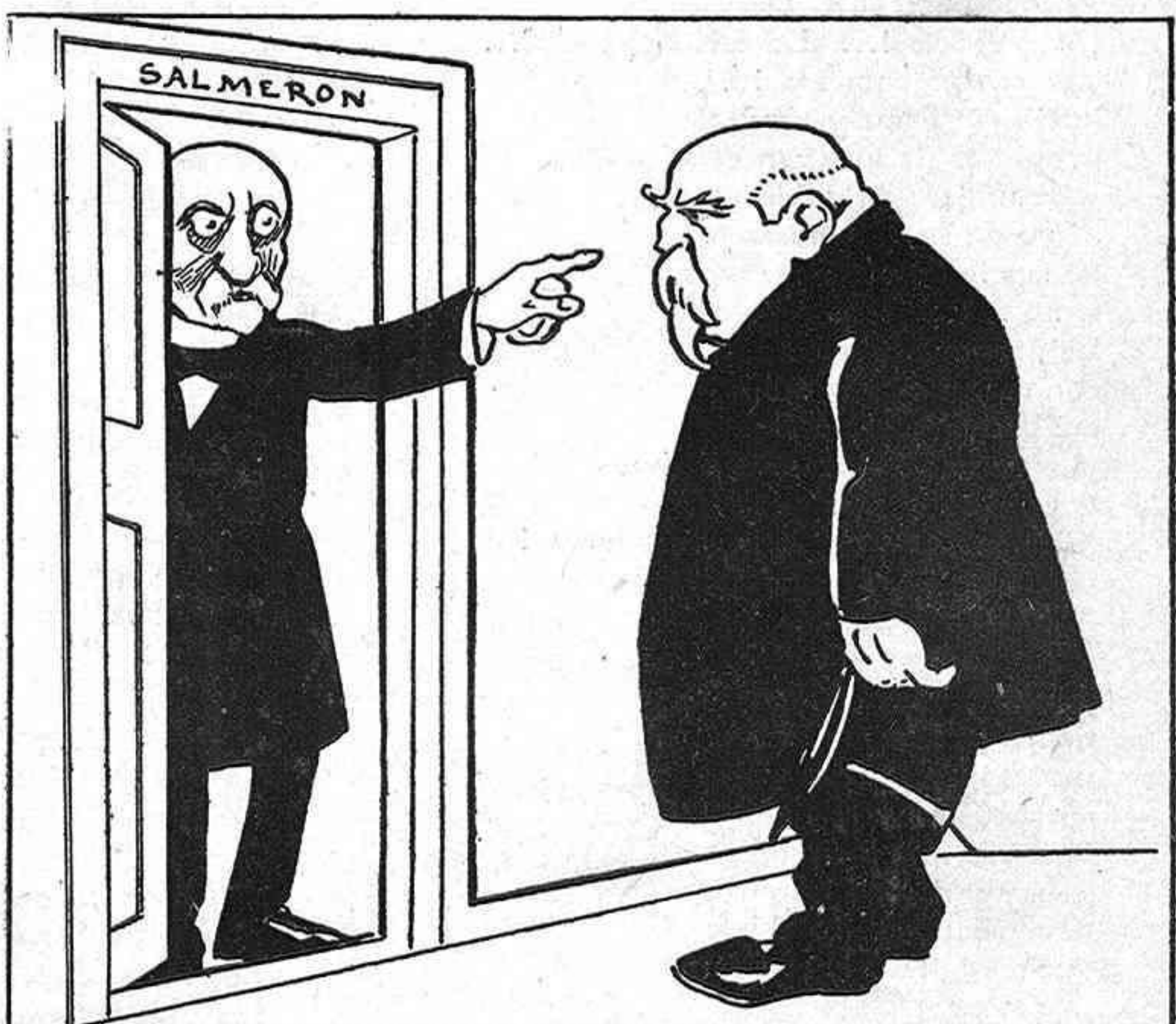
—UNA LIMOSNITA, POR AMOR DE DIOS, PARA PODER ENTRAR EN LAS CORTES.
—PERDONE, HERMANO.



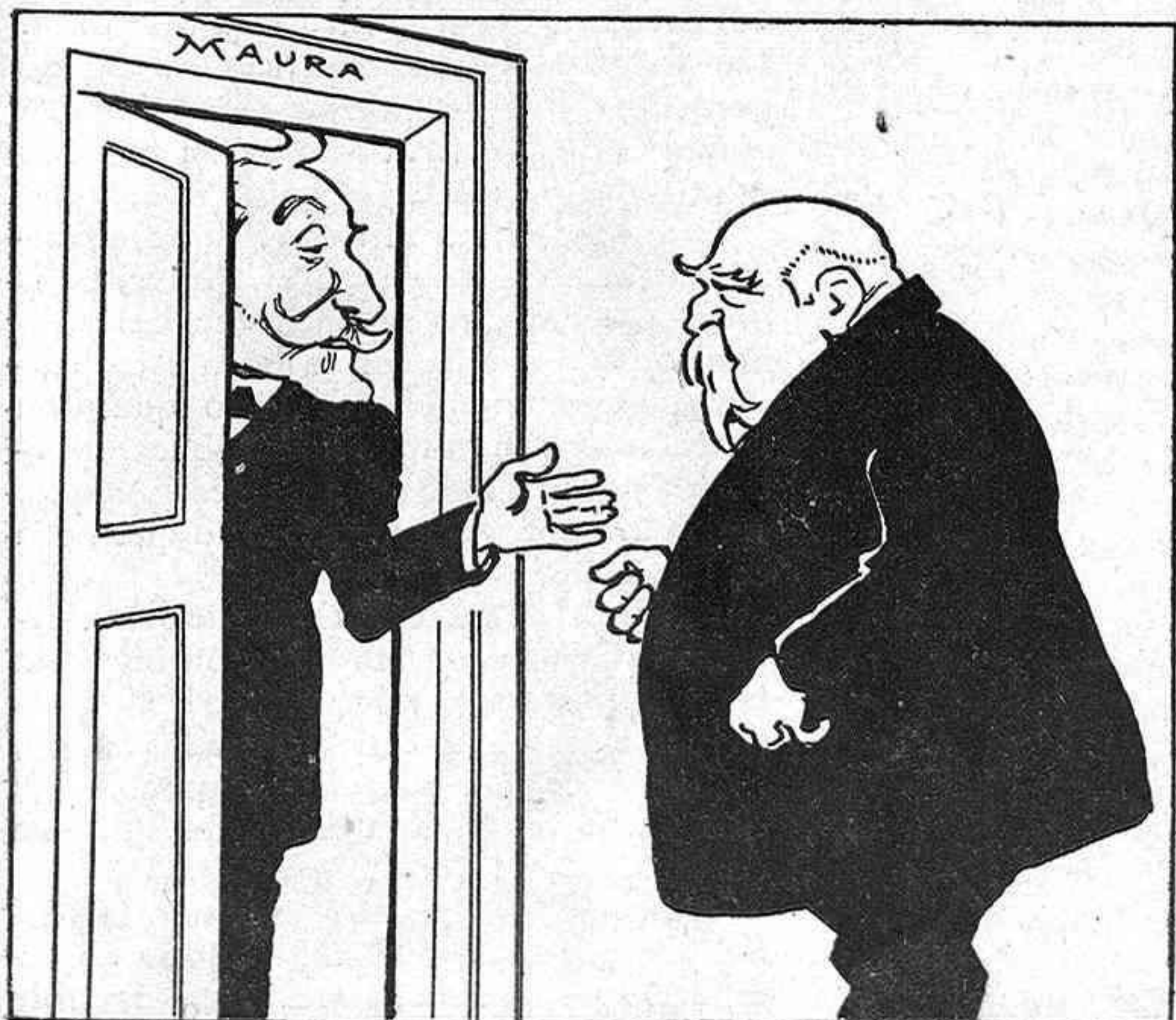
—IDEM, IDEM.
—IDEM, IDEM.



—IDEM, IDEM.
—IDEM, IDEM.



—IDEM, IDEM.
—IDEM, IDEM.



—IDEM, IDEM.
—IDEM, IDEM.



—D. MARCELO: UNA LIMOSNITA PARA ESTE POBRE MANCO, SORDO, MUDO Y CIEGO.
—¡PERO HOMBRE, SI VENGO YO DE PEDIR EN TODAS PARTES, Y NO ME HAN DADO UN CUARTO!

tengo más que un mes escaso. Ya ve usted. ¡Morir en la lactancia!

—Si que es lamentable... ble... ble... be... be—balan plañideros los dos ruminantes del Gabinete.

En cuanto á César del Villar, ya tiene su fórmula para morir políticamente con la gallardía propia de su figura.

Vine, vi y me fui.

Es poco más ó menos la de casi todos nuestros Césares.



SU OPINION

Los periodistas, curiosos, hablaron con don Marcelo para saber qué opinaba de los terribles sucesos de Rusia... Y el respetable Presidente del Consejo, con frase definitiva, satisfizo sus deseos.

¿Sabéis lo que le parecen dichos acontecimientos?

Pues le parecen... ¡muy graves!

¡Muy graves!... ¿Lo estáis oyendo?...

Tan exacto comentario, juicio tan firme y sereno, propio es de un gran estadista y de un jefe de gobierno.

Si yo no fuera entusiasta de sus indudables méritos, si no fuera ya un adicto leal, seguro, perfecto, con ese juicio tan sólo me bastaba para serlo.

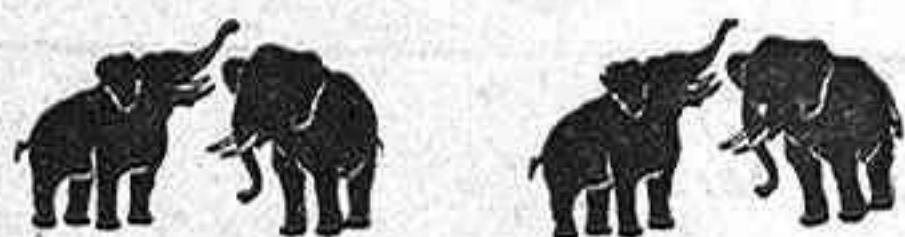
¡Lo propio hubiera yo dicho, pues es lo mismo que pienso.

¡Son graves!... ¡Sí que son graves!

¿Quién osa desconocerlo?

Así Gedeón opina, y así Azcárraga y Palmero, y pues Gedeón y Azcárraga tienen juicios tan idénticos, ¿no es justo que le consagre mi adhesión y mis afectos?

Una vez más los publico, y engrandecido me siento, por haber hallado el jefe que me faltaba hace tiempo.



Gedeón, moreno

Me han engañado!... Si, señores, me han engañado como á un chino, y así lo declaro con franqueza, aunque con el rubor consiguiente.

Hallábame la otra noche triste, aburrido y de mal humor, cuando se me ocurrió la endemoniada idea de acudir á un estrenito, pensando que así disiparía mis tristezas y mi aburrimiento... *El cocherero*, teatro Cómico... «¡Lo que me voy á reír—pensaba mientras me dirigía al coliseo,—lo que me voy á reír con esta pieccecita recién salida del horno!... Seguramente será una aventura graciosísima de cualquier cocherero alegre; tendrá muchos chistes, situaciones imprevistas, tipos divertidos... ¡Claro!... ¡Por algo se estrena en el teatro Cómico!...»

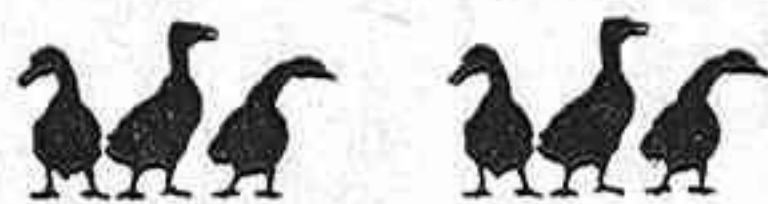
¡Menuda plancha!... *El cocherero* es una especie de melodramita comprimido de los que hace tiempo se estilan, capaz de poner de mal humor al hombre más regocijado del planeta... ¡Hay que ver la seriedad con que está tratado aquel *asun-*

to, de suyo deleznable!... Hay que ver las pretensiones que demuestra el autor, quien, sin duda, se habrá creído asombrar con *El cocherero* á las presentes y futuras generaciones!...

¿Pero es que no va á terminar nunca esta epidemia teatral? ¡A ver, autores del género chico, del género grande, del género mediano, de todos los géneros conocidos y por conocer...! Yo os suplico, en nombre de lo que sea más respetable para vosotros, que terminéis de una vez con ese microbio del sentimentalismo cursi y aburrido que ha envenenado nuestras horas y nuestros teatros por ídem.

Es ya un abuso intolerable. Y, bien mirado, es hasta un delito que tiene en el Código su sanción correspondiente. ¿No es verdad que, yo, por ejemplo, hubiera podido reclamar contra el engaño de que fui víctima la otra noche?

Voy al teatro Cómico y me dan una obrita triste y aburrida. Si al pedir un duro en cuartos en cualquier establecimiento público me entregaran un paquete simulando dinero, ¿qué haría yo inmediatamente? Lo que todo buen ciudadano. Llamar á los guardias y no tragarme el paquete.



LA PRÓRROGA

Fingiendo un noble recelo, con una injusticia inmensa, se enfada y grita la Prensa contra el pobre don Marcelo.

¿Por qué tan ruda campaña para hundir al Presidente, que es el ser más inocente, más abdominal de España?

¡Por eso mismo!... Es posible que si Azcárraga tuviera los instintos de una fiera y el gesto duro y terrible,

sus hoy tremendos censores, elogiando hasta su vientre, nos le colocaran entre los grandes conquistadores...

¡Pues la Humanidad impura, que los términos invierte, da bombos al hombre fuerte y al hombre flojo censural!

¿Y á qué viene este tormento contra tan bella persona?

¡Porque es modesta y pregonada su terror al Parlamento!

Piensa que con la *Gaceta* puede gobernar á gusto... ¡De qué modo tan injusto su modestia se interpreta!

Ni él ni los otros señores quieren entrar en batalla, pues se ven cortos de talla de ministros y oradores;

y si, por fin, son llamados á los combates reñidos, pretenden ir prevenidos, es decir, bien preparados.

Ninguno pierde un momento para estudiar á conciencia las cosas de más urgencia que haya en su departamento;

pero es el plazo tan breve que prorrogarle es preciso, ya que el duro compromiso les apura y les conmueve.

¡Qué afán en abrir las puertas de estas Cortes averiadas,

si sirven, cuando cerradas, para lo mismo que abiertas!

Si así Don Marcelo cubre las apariencias, callemos... ¡Ya las Cortes abriremos en Septiembre ó en Octubre!

Hoy los ministros repudian los debates anunciados, porque no están preparados... ¡Para prepararse estudian!

Con no fingida humildad la prórroga solicitan... ¡Los pobres la necesitan con mucha necesidad!



UNA FLUXION

El simpático y silencioso hombre público D. Eduardo Dato é Iradier padece una fluxión.

¿Dónde? En la boca.

¿Por qué? Por lo que ha callado.

La fluxión, según dicen diversos periódicos, es muy violenta. Se comprende; todos los adjetivos mal sonantes que se le quedaron en la boca mientras mandaba Maura, habían de producir necesariamente en ella una enfermedad violentísima. El Sr. Dato tendrá resquebrajada hasta la muela del juicio, y ¡figúrense nuestros lectores lo que padecerá si se le resquebraja la muela del juicio á un hombre tan juiciosito!

A la casa del ilustre enfermo bucal acuden estos días con explicable desasosiego todos sus conspicuos amigos: el conde de San Simón, el marqués de Portago, el marqués de Villamayor, ó sea la media docena de títulos que, además de los suyos propios, reúne el simpático hombre público para formar gobierno.

Cada uno de los visitantes aconseja un remedio distinto, y según nos han dicho en la botica, la enfermedad del Sr. Dato se parece á las obras de gran espectáculo: en que cada receta tiene su título correspondiente.

Confiamos en que, á pesar de la divergencia de tratamientos, la fluxión irá calmando rápidamente sus furores, y la boca del Sr. Dato recobrará su salud perdida. De todos modos, la dolencia no puede preocupar á nadie, porque si por la boca muere el pez, el Sr. Dato es un pez que sabe nadar y guardar la boca.

Esta fluxión, en último término, afianzará al Sr. Azcárraga en el Poder, pues no es posible que se encargue del Gobierno una persona con la boca estropeada, aunque también es cierto que don Marcelo padece otra fluxión bucal producida por el miedo á las Cortes, y sigue, sin embargo, gobernando ó lo que haga en la Presidencia.

¡Triste destino el del partido conservador! ¡Concluye en una fluxión bucal de las más ilustres personalidades! El presupuesto les ha resentido hasta las encías, incluso á los que han comido poco. Con que ¡cómo tendrán la boca los que han comido mucho!

Deseamos vivamente la mejoría del Sr. Dato y que no se extienda la enfermedad que padece, ¡pues sería terrible que un hombre con tantas bocas de formar gobierno tuviera fluxiones en todas ellas!

... Y armas al hombro

Ya se habrán ustedes enterado de los sucesos de San Petersburgo ó de Petersburgo, como decimos con toda sencillez los que tenemos gran confianza con la capital del Imperio moscovita.

—¿Cuántos son los muertos?—le preguntaba el general Congrieff al almirante Merluzoff.



—Dos mil y pico.
—¿Y heridos?
—Quince mil ó más.
—¿Qué lástima que no sean japoneses, Merluzoff!

—¿Qué lástima, Congrieff!
Y los dos generales rusos callaron... ó siguieron haciendo lo único que han hecho hasta ahora: contando muertos y heridos.

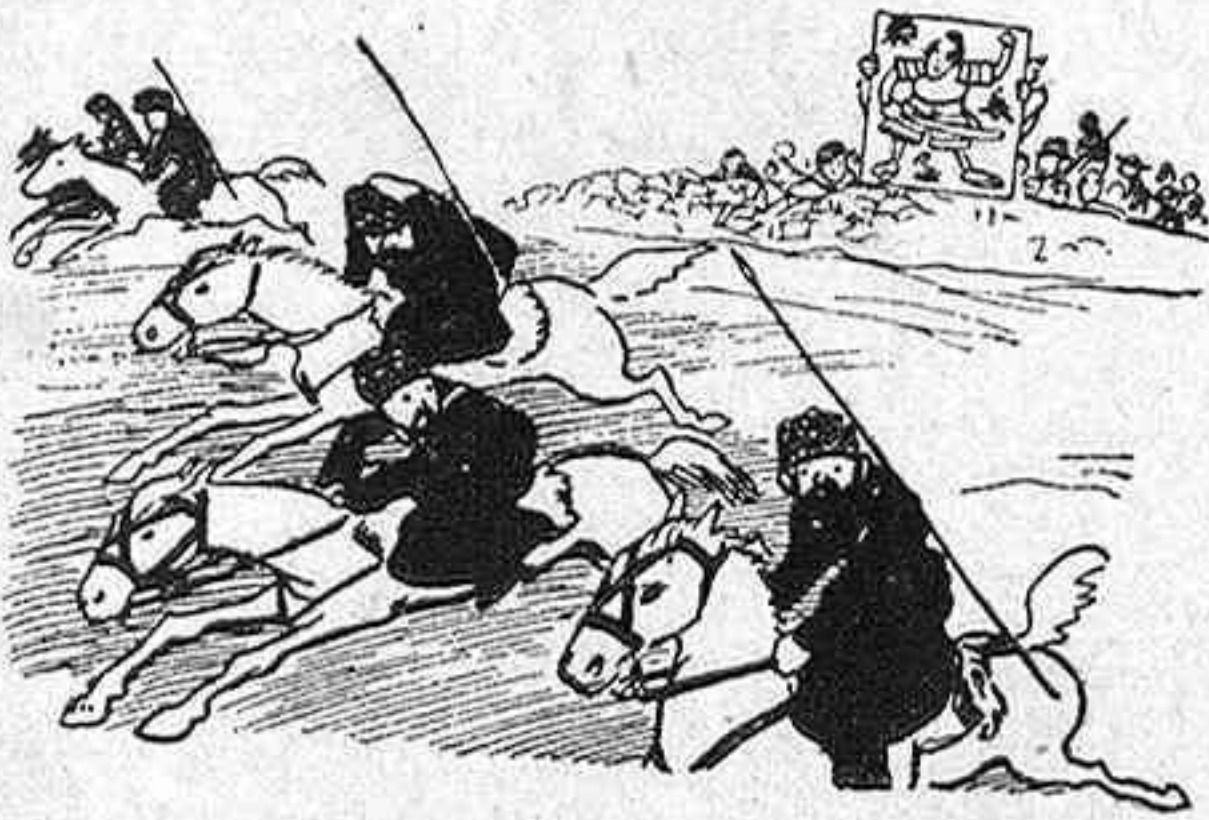
Ya sabemos que este suelto no tiene gracia.

Pero tiene justicia.

A la hora en que se escriben estas líneas, el ejército ruso ha resultado triunfante... en las calles de San Petersburgo.

Y eso porque los revolucionarios han sido unas cándidas palomas.

Conque se hubieran disfrazado de Kurokis y de Nogis unos cuantos de ellos, bastaba para que la Revolución hubiese vencido sin lucha de ningún género.



Si se presenta un Kuroki ó un Nogi, aunque hubiera sido de guardarropía, en las barricadas, no queda un cosaco en tres leguas á la redonda.

El problema de las subsistencias sigue sin resolver, como otros varios problemas que nos preocupan mucho en estos días.

La última noticia que nos han comunicado muy en secreto es algo alarmante.



Se asegura que de día en día sube el pan de Viena.

En cambio, es notable la baja del cok inglés.

¿Qué haremos en vista de estas subidas y estas bajadas?

¡Lástima es que no nos importen un pito!

Por fin se ha resuelto el conflicto pendiente por la provisión del Gobierno de Sevilla.

Según dicen, irá allí el Sr. Cano y Cuento, acreditado y antiguo poeta liberal-conservador que va recorriendo esos gobiernos de provincias con su arpa al hombro.



Por supuesto, que en Sevilla no le va á dar tiempo ni de desenfundar el citado instrumento músico.

Según van poniéndose las cosas, si llega á ir, no hará más que decir lo del rey Profeta... y tirar el arpa.

Se quejarán ustedes de que no hablamos mal del Gobierno, ¿verdad?

Nuestra no es la culpa.

Primeramente, porque desde que vimos en la Presidencia el vientre de don Marcelo, nos declaramos ministeriales, y seguimos siéndolo mucho más que Lacierva, que no es ministerial y es ministro. (¡Qué cosas se les ocurren á estos abogadetes de Murcia!)

Y seguramente, porque, gracias á Dios, del Gobierno de D. Marcelo no se puede hablar nada: ni bien, ni mal, ni regular.

Como que estos días se está desarrollando en España la consabida escena casera:



—Señá Marcela, mucho lo siento, pero voy á tener que despedirla á usted.

—¿Por qué, Sr. Gedeón?

—Caramba, porque cuando tenía otras cocineras, unas me sisaban, otras, como Maura, me echaban frases y frailes hasta en la sopa, pero al menos guisaban algo; pero usted ni sisa, ni guisa, ni hace nada... y una de dos, ó se marcha usted, ó me muero de hastío y de debilidad. Y tendré que llamar á la señá Eugenia, aunque ya sé que es vieja y gruñona, y me gastará una fortuna en carbón y me echará en la sopa pelos de Canalejas.

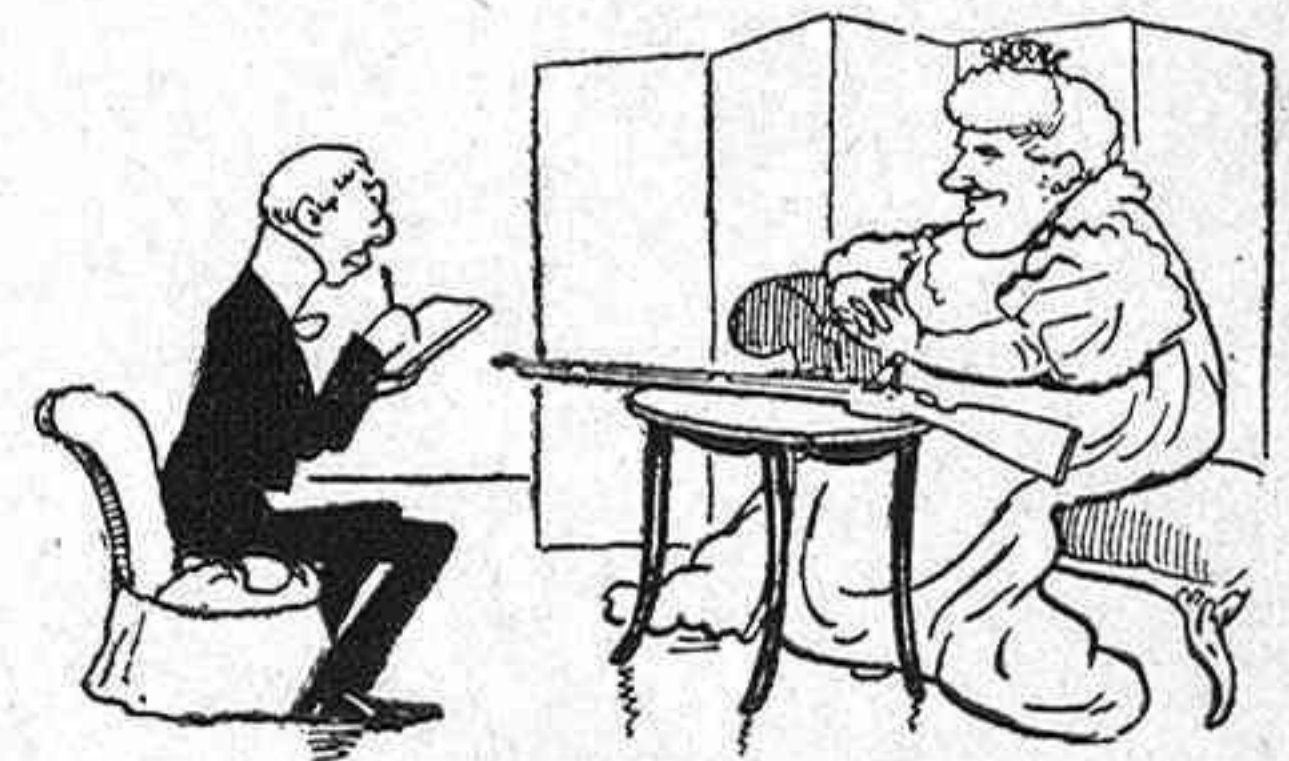
—Bueno, bueno—dice la señá Marcela,—quédese usted con Dios, y ya avisará usted cuando tenga todo el estómago estropeado.

Y Gedeón se queda muy triste, pensando en que á la fuerza ó ha de pasar hambre ó comer guisotes indigestos.

Y lo mismo les sucede á todos los españoles y les sucederá mientras no tengan una resolución heroica, y se lo guisen ellos todo.

Agarrando primero la sartén por el mango.

Con motivo de estarse hablando tanto en estos días de *La revolución en Rusia*, uno de nuestros activos compañeros en la Prensa, que no conoce más rusos sino los de Palma de Mallorca (á seis duros sin forro, á siete con forro de muletón y de mucho abrigo), ha visitado á doña Emilia, que hace muchos años escribió un librito y dió unas conferencias en el Ateneo sobre *La revolución y la novela en Rusia*.



Por desgracia, doña Emilia tuvo entonces la poca precaución de fusilar el librito de otro del señor de Vagüe... y resulta que se le ha olvidado.

Y á mucha gente se le había olvidado también.

Por lo cual, tenemos el honor de recordarlo.

No por nada, sino porque ya estamos viendo á varios apreciables sujetos que empuñan las armas para refusilar el fusilamiento de nuestra eximia rusófila.

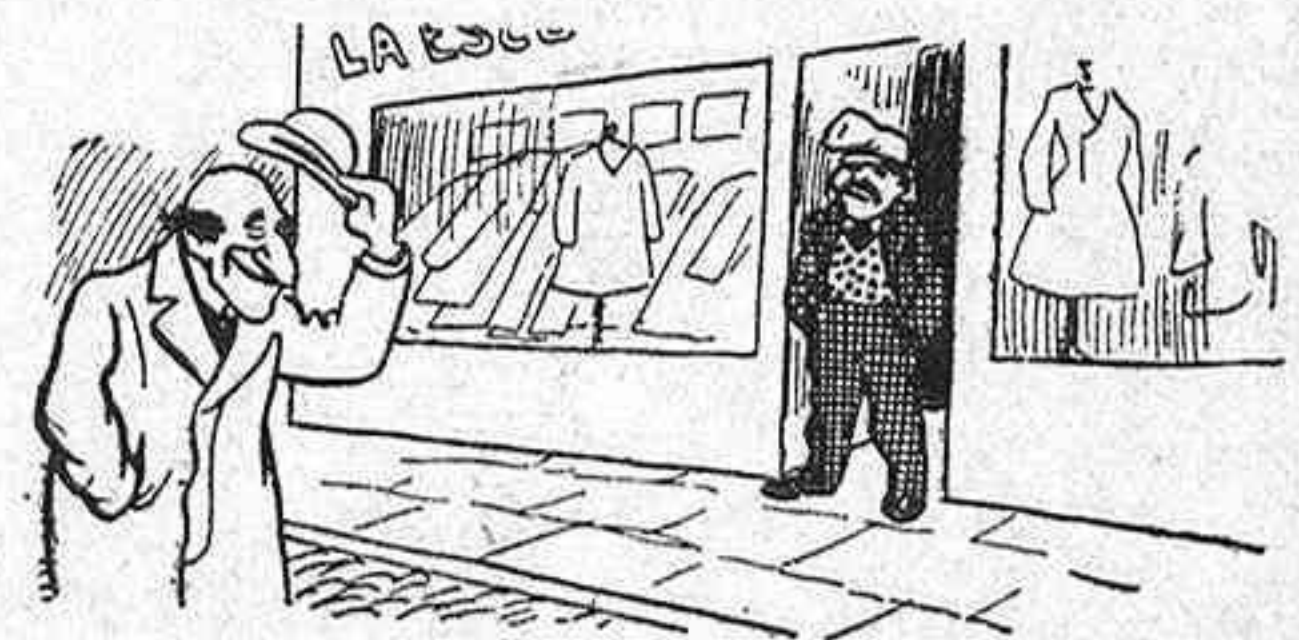
En Lérida no se andan en chiquitas para incumplir, como decimos ahora, la ley del Descanso dominical.

El domingo pasado todas las tiendas han aparecido abiertas tranquilamente.

El gobernador ha impuesto las multas respectivas, y á vivir.

Lo que habían de hacer esos comerciantes era seguir abriendo los demás domingos y no pagar las multas; dejarse embargar todos sin excepción y que se cerrasen todas las tiendas, y á ver qué hacían entonces el gobernador, el Gobierno y los memos de la Junta de Reformas.

Gedeón no puede menos de dirigir un expresivo saludo de simpatía á los comerciantes de Lérida.



—¿Quieren ustedes, señores leridanos, llevarse para allá á nuestro celoso gobernador, el molesto señor conde de San Luis?

¡Ay, si á esta pregunta contestasen ustedes con el clásico: *diguili qui vingui!*



REPRISE DE «EL JOVEN TELÉMACO»

(EL MENTOR EN FUNCIONES)

CORO.—LE GUSTAN TODAS,
LE GUSTAN TODAS,
LE GUSTAN TODAS
AL GENERAL,

PERO ESA RUBIA,
PERO ESA RUBIA,
PERO ESA RUBIA
LE GUSTA MÁS.

